

# “Versos de Ciego”

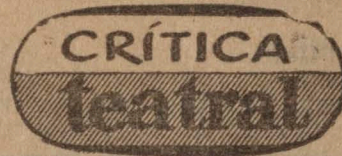
(Conclusión)

por Orlando Rodríguez

Nos corresponde en esta nota, analizar la realización de “VERSOS DE CIEGO”, cuento en dos partes, presentado por el Teatro de Ensayo.

Eugenio Dittborn tuvo a su cargo la dirección de la obra. Su labor resulta meritoria desde todo punto de vista, ya que obtiene un espectáculo rico en forma y color. Si tomamos en cuenta las imperfecciones del texto, su desempeño reviste caracteres más destacados. La carencia de estilos en el texto se refleja en su realización. Se han acentuado las calidades realistas en los personajes populares y su lenguaje, no así en su vestuario, que se ve anárquico y heterogéneo. Efectos expresionistas a base de la iluminación acentúa esta variación en el estilo y la falta de caracteres evolucionados en los personajes, evita una interpretación en profundidad. Con todo, Dittborn ha logrado un resultado al nivel de las buenas realizaciones del elenco católico obteniendo efectos aislados de singular calidad. En la interpretación, es digno de todo elogio el entusiasmo colectivo que otorga espontaneidad a la actuación del reparto. Los intérpretes luchando con personajes a veces indefinidos, entregan labores individuales de primera categoría. Entre los intérpretes destacan Maruja Cifuentes que realiza una verdadera creación, plena de chispa y picardía; Ana González, que encarna con singular propiedad la campesina ingenua y carente de malicia; Elena Moreno, que en un personaje similar a otros interpretados por ella anteriormente, logra darle fisonomía propia y diferenciada; Enrique Heine, quien otorga humanidad y ternura a su personaje de don Melitón, alcanzando un instante de gran vuelo en su baile de la feria en la primera parte de la obra. El resto del reparto cumple sin altibajos. Algunos trabajos recuerdan demasiado otros realizados por los mismos actores; el de Mario Monttles por ejemplo, que en nada se diferencia del maestro

coronero en “La Pérgola de las Flores”; Justo Ugarte también repite labores conocidas; vaya en descargo de ambos, las características de sus respectivos personajes, similares



a los encarnados por los mismos intérpretes. Anibal Reyna nos parece una excelente adquisición para el elenco católico. Su personaje de Fañor, símbolo del mal, de la avaricia, del capital deshumanizado y explotador de la miseria, tuvo en el joven actor una caracterización impecable; a ratos nos recordaba el papel del “especulador” en el ballet “La mesa verde”; su expresión, el carácter otorgado al personaje, hicieron de éste, un tipo humano por sobre la propia calidad puesta en él por el autor. Archibaldo Larenas, como el ciego cantante que une la acción, tuvo en el actor, un realizador sobrio y medido; Eva Knobel fue otra de las actrices que destacó por encima del grueso del reparto. Completaron la interpretación en forma adecuada: Gabriela Montes, Lucy Salgado (esta última con un maquillaje fuera de lugar), Mireya Velis, Mónica Araya, Matilde Broders, Violeta Vidaurre, Carmen Farros, Héctor Noguera, Alberto Rivera, Jaime Vicuña, Mario Hugo Sepúlveda, Charles Beecher, Mireya Kulczewski, Nelly Meruape, Rubén Unda, Hernán Letelier, Silvia Pifeiro intentó darle categoría a un personaje deslavado y poco definido, sin obtener éxito en su esfuerzo. Enrique del Valle tuvo un desempeño discreto, debilitado

por la canción revisteril del “mono titi” en la segunda parte.

La música y las canciones, con la salvedad anotada, pertenecientes a Juan Orrego Salas, constituyen un indiscutible acierto. Entronca con la obra, enriqueciéndola dramáticamente. Se trata realmente de una música funcional.

Bernardo Trumper tuvo a su cargo tres aspectos fundamentales en este espectáculo: escenografía, iluminación y vestuario. En la primera, logró con una solución simple de gran plasticidad, dar el ambiente del cuento y permitir al mismo tiempo el múltiple desplazamiento de los actores; su concepción escenográfica permitió en un mínimo de espacio hábilmente aprovechado, un máximo de trabajo interpretativo, además de la calidad visual del marco. Su iluminación impecable. El sistema electrónico estrenado con esta obra permitió una labor perfecta y exacta, que por primera vez, hemos visto sin un solo error ni imprecisión. El carácter violento de algunos colores realzó con justeza las intenciones del cuento. El vestuario nos merece objeciones. Los elementos nacionales puestos en la feria, se ven alterados por el traje de don Melitón, que parece sacado de un cuento de Dickens. Por otra parte, el vestuario de las prostitutas nos recuerdan demasiado el de cualquier versión de “La ópera de tres centavos”, pero en ningún caso, relacionado con elementos lugareños. Falta unidad que atenta contra el resultado total de la representación. Las máscaras resultan arbitrarias.

En síntesis: un experimento teatral interesante, destacando los elementos técnicos de la representación.

Orlando Rodríguez B.